

eran versallescos y a su sombra pasaba nuestra musa, luciendo las pomadas dieciochescas y los falbalás espumantes de las marquesas pastoras. Rubén Darío había dicho: mi esposa es de tierra, pero mi querida es de París; era una orden del incomparable maestro. Así fuimos parnasianos con Leconte, místicos al modo de Verlaine, hasta un poco diabólicos con Baudelaire. Fué el período simiesco del afrancesamiento y del extranjerismo, en que copiábamos los gestos de la cultura, sin compenetrarnos de su sentido, como afirma la voz apostólica de Vasconcelos, en su vibrante conferencia donde anuncia el advenimiento del gusto, como nueva norma de las relaciones humanas. Período necesario, a pesar de todo, para redimir el pensamiento de los viejos moldes y vecino a la parálisis bajo los clásicos pliegues de la capa española; a fuerza de usarla nos hicimos solemnes y enfermamos de solemnidad; período de desconcierto y titubeo, como el que forzosamente precede los primeros pasos del infante, pero longánimo en beneficios y fecundo en espirituales maravillas. Gracias a él, hoy podemos intentar con nuestras propias fuerzas, la ascensión de la propia montaña, acendrando en un canto más puro, los frutos de nuestro dolor bajo los inmarcesibles follajes de la esperanza. Gracias a él, la juventud que me escucha, y a la que me dirijo de preferencia porque lleva la marca de Constantino sobre el corazón tumultuoso, puede fijar ahora la Rosa de los Vientos en las clavijas de la lira y hacer que su pensamiento refleje el temblor del vasto universo.

Ignoro la influencia que las últimas vicisitudes humanas reservan a la poesía, y lo que aprovecharán los poetas de ese abismo de injusticia, de amargura y de sangre. El abandono celeste en que ha quedado el mundo desde que los poderosos organizaron concienzudamente la muerte y la destrucción sin la venia de la divinidad, es manifiesto; es una evidencia desconsoladora que recoge la conciencia universal de las manos de la catástrofe. Posible es que la lira cultive un misticismo sin Dios, y que sólo merezca ese título por la gravedad y la veneración con que se interroga el alma de las cosas; posible es que se convierta en escudo de los caídos, de los miserables, de los oprimidos; el sufrimiento de los hombres se solidariza bajo el conmovido estímulo que le brindan los más grandes poetas, los más altos filósofos y los pensadores más insignes; hasta Anatole France mella el diamante de su ironía en la dureza de la iniquidad, y un gran artista ruso en la novela, en el cuento y en la poesía, el insuperable Andreiev,

surge del nuevo infierno, con el rostro ardido como el del Dante, repitiendo la frase terrible de Gwimplaine: vengo a deciros que la humanidad existe. Y yo entiendo, señores, que la voz de la lira tiene el deber de curvarse en forma de cáliz, para contener y santificar tanto infortunio, que es común herencia de todos.

Sin embargo, la lucha por un mejoramiento social, nada puede contra el encanto de la mujer, la dulzura amarga del amor, la soberana diversidad del paisaje. Acaso los mejores poemas, seguirán siendo aquellos que se tornan solen con una lágrima o una sonrisa, o se perfumen con una violeta, o se iluminen con el esplendor de la noche estrellada; las cosas amables cobran más suavidad destacadas en los negros fondos de la tormenta. De todas maneras, recordemos que si los cantos de Homero han llegado hasta nosotros, no ha sido por las riñas petulantes que contienen, sino por sus definiciones poéticas de la naturaleza y la vida; el mar azul sigue poblado de sonrisas innumerables, como cuando la inocente Nausica pone a prueba la legendaria prudencia del malicioso Odiseo.

Siempre gloriosa juventud, oye la voz del tiempo que está cargada de presagios y conságrala en las formas

excelsas de la poesía con el fulgor de tu llama y el poder invencible de tu entusiasmo. Alza la lira como una palma, y cuando sea preciso como una espada, y sobre este crepúsculo como una lámpara; sobre este crepúsculo, en cuyos cojines de sombra parece que ya blanquea la desnudez del alba futura. No mires atrás como la mujer de la Biblia, de miedo de que te quedes inmóvil y de que la sal de la tierra destruya los panales de tu bondad. Toma, sí, de nuestra emocionante leyenda, los elementos substantivos que por su potencia categórica, pueden fecundar el porvenir con una cosecha de bienes. Conserva siempre fresca en el relicario de tu alma, la sangre talismánica de los sacrificios sublimes. No olvides el gesto sagital de Cuauhtémoc, el grito dentador de Hidalgo, el ímpetu orgulloso de los héroes niños que desde la prócer roca de su martirio, volaron al cielo por caminos de sol. Levanta la lira bajo lo sagrada fronda de estos recuerdos. Pero hazlo con ademán religioso y manos transparentes de sinceridad; como si con ellas, convulsas de fe, ofrecieras tu mismo corazón a las potestades del obscuro destino, para que la suave patria te bendiga y te envuelva en la gloria de su propio laurel.

LOS JUEGOS FLORALES

POR RAFAEL LOPEZ

Los Juegos Florales continúan a lo orden del día; se aclimatan fácilmente entre nosotros con la espontaneidad de ciertas plantas que echan flor en tierras cálidas y frías de igual modo. A lo largo de la Mesa Central perfuma la eglantina de Clemencia Isaura como en los claros días de Provenza. La Flor Natural asume durezas de oro en sus pétalos de seda; más vigorosos que los cereales, resisten triunfalmente las ventiscas de la mala estación y las heladas del corriente otoño. La Flor Natural está por encima del mal tiempo y no la interesan las discusiones petroleras. Me alegro por los poetas afortunados que tienen la suerte de embriagarse con su glorioso perfume en la noche lírica, y por los que entrevieron su fulgor de remota estrella en las penumbras del accésit. En cuanto a los desdichados que apenas alcanzan una mención en la armoniosa justa, hay que consolarlos cristianamente, hablando mal del jurado, para que no pierdan la esperanza del desquite; y para que no se desanimen, es piadoso ocultarles la fortuna de Sófocles, en los certámenes. Sófocles, al decir de sus biógrafos,

obtuvo algunas veces el primer premio, varias el segundo y nunca el tercero. Bien es verdad que no todos pueden disponer del talento que hizo excelso al segundo trágico de Atenas. Por lo que respecta a los poetas absolutamente infelices, cuyos poemas cayeron al cesto como las cabezas cercenadas bajo la cuchilla de Sansón, allí están bien; no hay que tocarlos en la dramática inanidad de su estado insignificante.

Es una contribución, fatal como el derecho de peaje que pagaban los caminantes de la Edad Media, el suscribir versos para la tribuna cívica y para los concursos que suelen efectuarse en fechas faustas. Raro es el escritor mexicano que no haya saludado con retóricas tricolores las sombras heroicas y que no haya pesseguido la perfumada eglantina con la concupiscencia del abejorro hambriento atraído por la miel de una corola abierta. Una de las cosas que me persiguen, con el remordimiento de un pecado de juventud, es no haber sabido substraerme a la tentación de esas gulas inútiles y que no cuentan para nada en el desarrollo de la obra